

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 178

Valencia, 29 de Julio de 1937

María Carbonell, 2

Ministerio de Defensa Nacional

Otro aparato de bombardeo alemán derribado, en combate nocturno, por otro "caza" español

Parte de las seis de la tarde del día 27:

CENTRO. — La noche última se ha repetido en las cercanías de Madrid el hecho singular de derribar un caza nuestro, en combate nocturno, a un trimotor de bombardeo alemán. El aviador que ha realizado esta nueva hazaña es el teniente Rodríguez Mateu, perteneciente a la misma escuadrilla de Carlos Castejón, el que la víspera abatía a otro de los aparatos que los alemanes destinan a bombardeos nocturnos.

A las 12'40 de la noche, Mateu se encontró a la altura de 2.500 metros con un «Junker». Al advertir éste la presencia de nuestro caza inició la agresión, con objeto de no dejarlo acer-

carse, pero Mateu maniobró hábilmente, logrando colocarse al costado derecho del avión alemán, a una distancia de 40 metros. Los disparos de las dos primeras ráfagas de ametralladora no hicieron vitalmente al avión de bombardeo, pero a la tercera comenzó a arder, emprendiendo un descenso vertiginoso, hasta caer en tierra, envuelto en llamas, en nuestro territorio, entre Las Matas y Manzanares. Las llamaradas del avión ardiendo sirvieron a Mateu para orientarse, y cuando se disponía a regresar a su base, oyó un bombardeo en nuestras líneas y retrocedió en busca del agresor, que era otro «Junker», el cual, dándose cuenta del peligro, y amparado en la distancia, pudo huir. Como aparecie-

ra un tercer «Junker», Mateu le persiguió sobre el territorio enemigo. Muy dentro de éste advirtió que la disponibilidad de gasolina era tan escasa que no le permitía ya llegar hasta su aeródromo. Cuando la gasolina se agotaba, pudo tomar tierra en la planicie inmediata a la estación ferroviaria de Las Matas, sin que el aparato sufriera la menor avería.

Los cinco aviones alemanes que lo tripulaban se arrojaron en paracaídas. Tres de ellos han sido hechos prisioneros por nuestras tropas, que, además, han recogido el cadáver de otro, ignorándose si el quinto ha perecido o está oculto.

El teniente Rodríguez Mateu ha sido ascendido a capitán.

Franco, para conseguir un empréstito, que, no obstante, le fué negado, no vaciló en ofrecer en prenda el puerto de Bilbao, robado a España por las tropas italo-germanas

¿Será también arrojado en la fosa común el cadáver de Europa asesinada?

El «Journal des Nations» del 14 de los corrientes dedica un artículo de fondo a comentar el supuesto empréstito de 40.000.000 de libras intentado y no conseguido por los facciosos. El «generalísimo» Franco desvirtuó el verdadero significado de la operación financiera y lanzó el rumor a los cuatro vientos, para que, al difundirse por el mundo, elevarse a los decantados créditos. Los banqueros ingleses —incluso los financieros de tercera o cuarta fila— no quisieron pactar con el cabecilla rebelde. La City no consideró siquiera ninguna proposición franquista. Sin embargo, las agencias periodísticas filofascistas lanzaron la noticia de que la operación había quedado cerrada. El cinismo que caracteriza a los órganos del totalitarismo dió visos de realidad a lo que no era más que un alarde infundado.

La política internacional, carente de sensatez y de cordura, que se ha desarrollado en estos últimos tiempos, ha hecho posible que gentes de buen criterio presten oído a las cosas más ilógicas y absurdas. El bluff fué acogido como realidad. Y los comentaristas más conspicuos le sometieron a su crítica.

La que firma Lázaro Terán, en el «Journal des Nations», es particularmente atinada, y, si bien es cierto que parte de un hecho posteriormente desmentido, no lo es menos

que su juicio puede ser considerado como una oportuna advertencia.

El «Freiheit» publicó la siguiente información:

«Es verdad que se ha proyectado en Inglaterra una operación financiera en favor de Franco, pero se trata de una operación que no dará dinero. Los acreedores británicos de Franco —por suministros de gasolina ya consumidos, valorados en cuarenta millones de libras, tienen miedo a perder sus créditos. Por eso exigen a Franco señale una fianza. El jefe de los rebeldes se ofreció empeñar los beneficios del puerto y los derechos de aduana de Bilbao, cosa que los banqueros británicos no han considerado suficiente. No fué posible encontrar fiadores entre los bancos británicos. Banqueros de segunda o tercera fila parecieron dispuestos a comprometerse si recibían en garantía del empréstito el capital de los ex grandes de España refugiados en el extranjero. Los agentes de Franco en el extranjero han cuidado de que parezca que estos financieros han concedido ya el empréstito y que lo han hecho al contado. Pero eso no es cierto. Aprovechando las deudas de Franco, se ha realizado una propaganda gigantesca en favor suyo, con la esperanza de que en otros países haya ingenuos que se dejen engañar. No obstante, resulta difi-

cil encontrarlos entre los agentes de las finanzas internacionales.»

El empréstito no se ha efectuado, pero las negociaciones realizadas ratifican una vez más el concepto decididamente adverso que el mundo tiene del testamento de Hitler y Mussolini en España. Franco, ese «jefe providencial» despreciado directo del conde Don Julián y del Obispo Don Opas —tal vez es su tradición— no ha vacilado en ofrecer el puerto de Bilbao, robado a España, para poder seguir asesinando españoles.

Pero los agiotistas que trataron con él no hallaron suficiente la prenda. Los valores robados se venden siempre a precio muy bajo.

La justeza del comentario de Lázaro Terán hace interesante la reproducción de un texto, que es el siguiente:

«En la víspera del primer aniversario de esta horrible guerra internacional —más horrible todavía porque se lleva a cabo disimuladamente en el territorio español, con el apoyo de los estados mayores— llega de la City el elemento que faltaba a lo tenebroso del cuadro: el oro del Shylok.

La sangre había corrido ya durante doce meses. Sangre de mujeres y niños, de idealistas y mercenarios embrutecidos. Ahora el oro

de la City se une a la sangre. La retórica estúpida del nacionalismo habla de una bandera franquista «sangre y oro». He aquí los dos: el oro es inglés —40 millones de libras—; la sangre de los defensores de la independencia de España se mezcla con la sangre de los aventureros internacionales del Tercio. Pero éstos, al menos, mueren; el oro de Shylok no muere; saca el 10 por 100 de cada cadáver caído, en la zona del cobre de Río Tinto, en la zona de las piritas de Huelva, del plomo de Peñarroya, del hierro de Bilbao, del carbón de Asturias.

He aquí el hecho brutal y vil que conmemora el primer aniversario de la agresión más inaudita y sangrienta que conoció la historia moderna. En Londres están intentando contraer un compromiso. Un compromiso que tiene toda la apariencia de haber sido hallado, entra la injusticia y la inmoralidad. No obstante, en los bancos del Gobierno inglés se ha justificado la política llamada de no intervención: Inglaterra no quiere la guerra; Inglaterra no quiere que el conflicto español cruce las fronteras del país atacado; Inglaterra no quiere que se atente contra la integridad de España. Mientras el Gobierno habla un lenguaje que tiene apariencias de cordura, por encima de la lucha se descubre la añagaza: la banca privada inglesa ha dado 40 millones de libras a la Junta de Burgos.

Franco estaba en las últimas: nadie en la España invadida quiere aceptar sus billetes falsos; Berlín y Roma reclaman el precio de los aviones, de los cañones, de los fusiles, de las bombas, de los hombres enviados con los moros para ser los representantes de la civilización occidental y cristiana, y para combatir al lado de Franco y Queipo, «representantes» del genio español. Berlín y Roma no tienen dinero. Wall Street les ha cerrado la taquilla; la autarquía ha detenido los cambios internacionales; la política fascista de guerra ha agotado los recursos del interior de los países; la aventura española cuesta cara desde todos los puntos de vista; el primer acto de firmeza de Francia detuvo el chantaje; la no intervención, fachada que se derrumba, está liquidada. Se estaba en el penúltimo acto de una tragedia. Pero llega Shylok. ¿Cuándo? ¿Mil muertos cada tonelada de mineral? Yo los tomo, a un millón cada uno.

Y Franco tiene, al fin, con qué pagar a Berlín, que, a su vez, en la sede de la no intervención, en la que se proclama que la cuestión de España será resuelta por los mismos españoles, la banca privada inglesa pone en la balanza el peso de 40 mi-

Los obreros de las fábricas de aviones alemanas que surten a los facciosos sabotean el trabajo

El pueblo alemán contra Hitler... El número de detenidos aumenta cada año

BERLIN.—Los aviones de bombardeo que emplean los alemanes en la guerra civil española se construyen en Dessau. Pero su fabricación no se realiza normalmente a causa de los conflictos que se suceden sin interrupción.

Una estadística de la dirección de los talleres «Junker» pone de manifiesto cifras sensacionales que confirman la resistencia de los obreros alemanes a obedecer las disposiciones del Gobierno de Hitler. El número de detenidos aumenta cada año.

Y a pesar de la gravedad de esta situación, Goering, el «dueño» de las fábricas «Junker», afirma que los obreros están «como un sólo hombre», detrás del «Führer».

lones de libras, que representan una invisible y terrible caballería de San Jorge que ataca por la espalda.

Es preciso decir francamente que la famosa No Intervención, enseñanza del Gobierno inglés, y los esfuerzos de Mr. Eden para encontrar un compromiso, salen muy mal parados a causa de la revelación del empréstito de 40 millones de libras a favor no tiene por objeto salvar el oro de Franco. Es preciso al menos explicar al mundo que el compromiso que Shylok ha empeñado contra la ley, contra la justicia, en perjuicio de un Gobierno legítimo, atacado, y conculcando el pacto de No Intervención.

Es preciso decir al mundo, de una vez para siempre, dónde se quiere llegar, con los Shylock de la City, que protegen el avance de los tanques y de los aviones totalitarios en una guerra en la que los verdaderos propósitos del «antivolchevismo» se hacen cada día más transparentes y desenmascara a banqueros y aventureros dedicados a negociar con los cadáveres que se acumulan desde hace un año. El cadáver de la Europa asesinada, ¿será también arrojado a la horrible fosa común en que están enterrados?

Es preciso hablar con franqueza cuanto antes, en interés, sobre todo, del noble pueblo inglés y de su Gobierno, que no pueden ser comprometidos por banqueros que no respetan ni la patria ajena ni la suya propia.

En la víspera del primer aniversario de la guerra de España, esa bandera sangre y oro, levantada por banqueros, aventureros y mercenarios, demuestra que Franco lo tiene todo perdido, incluso y más que nada, el honor, y que Europa está también en camino de perder definitivamente el honor y la vida.

O se vuelve a la ley, o los millones de la City, invisible y peligrosa caballería mercenaria, cuya intención es peor que la de las flechas negras o azules y la de los aviones de Goering, sembrarán el bolchevismo.»

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

El mayor estigma del fascismo: ¡Granada!

Un Guardia civil evadido de las filas rebeldes hace un fiel relato de los asesinatos en que le obligaron a tomar parte en la ciudad de la Alhambra

No diremos que sea el único caso, pero sí uno de los contadísimos que se han dado desde que comenzó la guerra civil. A diario, hacia las filas leales, por todos los frentes, llegan evadidos de todas las armas. Son a estas fechas varios millares los que abandonaron las filas de la facción, unos espantados por las ferocidades que vieron; otros indignados por la subasta que del territorio español han hecho los generales traidores; los más, por haber sido enrolados a la fuerza bajo una bandera que significa deslealtad, traición y asesinato. Pero, pocos, muy pocos han sido los guardias civiles que se han evadido del ejército nacionalista. Por eso hace quince días el mando leal del frente de Granada se sorprendió al recibir la noticia de que, desde las posiciones fascistas de Cerro del Cala, en el término Guajar Sierra, acababa de llegar un guardia civil.

Así era, en efecto. Alto, fuerte, moreno, nacido en Granada y vecino del Barrio de San Lázaro. Antes del movimiento era mosaista. Había solicitado, al regresar del servicio militar, su ingreso en Asalto o en la Guardia Civil. Era afiliado al Partido Comunista de la sección de San Jerónimo (Sevilla), donde trabajaba hasta que el 11 de julio, a consecuencia de una enfermedad, se marchó a Granada a reponerse en casa de sus padres. Allí le sorprendió el movimiento militar y en la Ciudad de la Alhambra fué testigo y parte de uno de los acontecimientos más dramáticos que el fascismo

ha desencadenado sobre la tierra española.

Cien relatos, por muy documentados que fuesen y por muy avalados que llegaran hasta nosotros, no tendrían la emoción y la tenebrosa realidad de esta narración que ahora nos hace este guardia civil evadido del campo de Granada. Escuchémosle.

LA REVOLUCION. — LA RESISTENCIA POPULAR EN EL ALBAICIN. — MILITARES FUSILADOS. — EL GOBERNADOR MILITAR, FUSILADO EN SEVILLA. — LA LLAMADA A LA GUARDIA CIVIL

«En las primeras horas de la mañana del 18 de julio se sublevaron los militares. Inició la traición, seguido de su batería, el teniente López Nembrada, del regimiento de Artillería ligera número 4. Con sus hombres y piezas llegó hasta el Gobierno Militar. Puso una pistola al pecho del general don Luis Campín Auro y le obligó a firmar un bando declarando el estado de guerra. Después le detuvo y salió a la calle, donde ya le esperaban nutridos grupos de falangistas armados. Poco después salía el regimiento de Infantería de Lepanto. Antes, los oficiales comprometidos asesinaron en los patios de su cuartel al capitán don Antonio Fenoll Castell, al teniente Juez instructor, don Francisco Oterino Martín, al brigada Martínez y al sargento Muñoz Pun-

zano. A la media hora secundaban la rebelión los guardias de Asalto y la Guardia Civil. Esta se presentó en el Gobierno, donde procedió a la captura de la primera autoridad de la provincia, señor Torres Molina, condenado después a treinta años de presidio. Allí fué también reducido a la obediencia el propio teniente coronel jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, Fernando Vidal Pagan, que por cierto ahora, al cabo de once meses de una actuación represiva, brutal, ha perdido la carrera y fué condenado a diecisiete años de presidio por resistencia a sublevarse al comienzo del movimiento.

Granada fué sorprendida por los acontecimientos. En el interior de la ciudad apenas si hubo oposición. Algunos tiroteos, una docena de muertos y el triunfo de los rebeldes logrado. En cambio, en el Barrio del Albaicín, la resistencia fué formidable. Millares de trabajadores convirtieron sus callejas en verdaderos fortines.

Costó muchas bajas el entrar allí, al cabo de tres días de intensa lucha. La barriada fué bombardeada sin piedad. Aun así, desde balcones, ventanas y azoteas, mujeres y chicos lanzaban sobre la fuerza pública cuantos objetos tenían a mano. En la calle los hombres agotaron las escasas municiones que poseían. Las razas fueron monstruosas. Allí se asesinaron más de cuatro mil personas. La rebelión era un hecho, Granada entraba en el período de horror

más grande que ha podido conocer ciudad alguna.

Mientras el general gobernador era trasladado a Sevilla y fusilado por orden de Queipo de Llano en la Alameda —la noticia fué publicada en Granada con angustiosos detalles—, yo era requerido por unos guardias para que me personara en la Comandancia. Me resistí durante seis días, pues me daba espanto entrar a formar parte de aquel Cuerpo, del que ya se contaban hazañas de crueldad inauditas. Recibí una segunda orden, advirtiéndome que de no comparecer sería fusilado donde se me encontrara. Acudí a la Comandancia establecida en la subestación de la Bomba, en la carretera de Sierra Nevada. Fui enrolado. En el acto recibí el armamento, municiones, correa y gorro. A la mañana siguiente prestaba ya servicio de vigilancia en la línea de electricidad que va desde Pino Gelin a Granada. Estábamos de puesto junto al cementerio, en un destacamento de 30 hombres, del que era jefe un sargento retirado apellidado Medina.

EL PRIMER ASESINATO. — CONFIDENTE A LA FUERZA. — LA COMANDANCIA, CAMARA DE TORMENTOS. — OTRO ALCALDE FUSILADO. — "LA ESCUADRA DE CAPTURAS" INICIA SU LABOR INFAMANTE...

En el destacamento del Cementerio estuve poco más de un mes.

Veíamos llegar en los primeros días gran número de camiones abarrotados de muertos. Eran los defensores de la República asesinados en Albaicín. El ayuntamiento obligaba a actuar de enterradores a brigada de empleados y Guardias adheridos al fascismo. Había días que pasaban de 300 los muertos a los que había de dar sepultura. El día 29 de julio, de madrugada, presencié el primer asesinato; llegó un camión ocupado por varios soldados de Lepanto y cuatro señores falangistas que, a culatazos, arrojaron a la carretera a un hombre fuerte, joven que iba esposado. Era el alcalde del pueblo de Alomarte. Bravo era el detenido. Echando sangre por boca y narices, tuvo aún alientos para revolverse contra sus asesinos, reprochándoles su cobardía.

No habló más. Sus palabras dejaron en medio de un charco de sangre. Estuve malo todo el día. Anochecer, un grupo de falangistas entre risotadas e insultos, acribillaron a balazos a un anciano. Era el alcalde de otro pueblo inmediato. D. Ezma.

Me vi precisado a bajar a Granada a los pocos días, para asuntos del servicio. En la Comandancia asistí a un espectáculo que me dejó anonadado. Atado de pies y manos contemplé a Sebastián Fernández, elemento destacado de un partido obrero, rodeado de guardias que lo injuriaban y abofeteaban sin piedad. A media tarde, una patrulla mandada por el brigada Tomás Olmo —hoy alférez— lo condujo a las

El anticristianismo "nazi"

La campaña "nazi" contra el cristianismo

y IV

«Llamemos a las cosas por su nombre: porque los católicos aman la paz, porque utilizan todo lo que les queda aún de su libertad para combatir el veneno nacionalsocialista que roe nuestra juventud y por desplegar su actividad en el sentido del amor social se les quiere privar de sus últimos derechos.

Así, el gran proceso que se desarrolla en Berlín contra los católicos, debe constituir un proceso contra la propaganda de la paz en Alemania. Ante todo el pueblo alemán, los acusados, bien sean sacerdotes católicos o jóvenes comunistas, han hecho valientemente confesión de fe por la paz. Han proclamado el verdadero deseo de la juventud alemana, que quiere vivir en libertad en lugar de morir en las trincheras.

El culto que los jefes «nazis» profesan por los falsos dioses, culto estigmatizado por la Encíclica del Santo Padre, su adoración de Wotan y otros dioses de la guerra, forma parte de la agitación destinada a preparar el alma de un pueblo para la guerra.

El señor Rosenberg exige que, «los crucifijos en las iglesias y en las calles de los pueblos representando la crucifixión de Cristo, sean reemplazados por otras imágenes» y ha anunciado que los templos serán, poco a poco, arrancados a los cristianos y entregados a una Iglesia llamada «alemana».

¿Por qué os decimos esto? Nosotros no ocultamos en absoluto que vosotros no seguís siempre nuestros mismos caminos. No tenemos la intención de ocultar la diferencia que separa nuestras confesiones de las vuestras. Pero tenemos que subrayar que hemos preconizado siempre una ideología que tiende a rechazar toda persecución y toda opresión de los hombres con motivo de su fe y subordinarlo todo a la unión de nuestras fuerzas con el fin de salvaguardar la paz.

Nosotros preguntamos a los católicos alemanes: ¿No tenemos todos un solo enemigo, Hitler? ¿No tenemos todos el gran deber nacional de poner trabas a la agita-

ción de los fautores de la guerra nacionalsocialista, a fin de evitar a nuestro pueblo horribles sufrimientos? Todos los miembros de nuestro pueblo que aman la paz y que deseen matenerla para salvarlo, tienen la gran tarea de unir sus fuerzas. Nosotros, comunistas, sentimos cada golpe que el nacionalsocialismo os dirige como un golpe dirigido a todos los amigos del pueblo. Sabemos que toda traba puesta a nuestra libertad religiosa, todo impedimento al ejercicio activo de las organizaciones caritativas por amor al prójimo, toda medida de terror tomada contra la defensa de los derechos legítimos y equitativos de los obreros y de los trabajadores, perjudica a nuestra causa común.

Por esto apoyamos con todas nuestras fuerzas, vuestra justa lucha por vuestros derechos, por la libertad de religión. En la defensa contra los ataques sordidos de Rossemberg y Streicher, estamos a vuestro lado. El animador ejemplo dado recientemente por la población de Muensterland de Oldenburg, en su lucha por la observación de las cruces, demuestra a todos de lo que es capaz el verdadero valor.

Lo que ha sido posible en Oldenburg no será imposible en el resto de Alemania, con tal que el pueblo se lo proponga. En esta lucha contra el enemigo común, las divergencias de confesión o de ideología no nos separan nada. La causa legítima del pueblo reúne también grandes núcleos de adheridos al nacionalsocialismo, que alguna vez creyeron sinceramente en las afirmaciones y en las promesas de sus jefes. Y así como en otro tiempo Bismark sucumbió en la «Kulturkampf», desde que tuvo contra él no sólo a los católicos, sino a todos los hombres probos, los Hitler, Rossemberg y Streicher sufrirán una derrota tan grave como él.

Esta unión en la lucha contra los que hacen perecer al pueblo, es la base de la democracia futura, de un verdadero estado de derecho, en el cual la dignidad humana, estará protegida y los hombres gozarán de nuevo de la libertad de reunión y serán posibles las reivindicaciones justas y legítimas de los trabajadores.

Esta Alemania de la libertad y de la paz no podrá ser ganada en la lucha más que mediante un gran Frente Popular alemán y mediante la unión de todos los amigos de la paz y de la libertad en las ciudades y en los campos. Sólo por medio de un Frente Popular alemán fuerte que reúna todas las fuerzas democráticas será posible poner fin a la barbarie fascista y salvaguardar la paz.

¡Amigos católicos! ¿No es evidente que el gran proceso a que se os somete está dirigido contra la Encíclica del Papa y destinado a impedir la unión del

pueblo alemán por la paz? Los hombres acusados en este proceso, ¿no han servido los verdaderos intereses del pueblo alemán, uniéndose ya en una época anterior, en sinceras discusiones, como camaradas? La voluntad común de defender el derecho y la justicia, la libertad y la paz, ¿no ha engendrado relaciones naturales que conducen a la entente y a la acción común de católicos, comunistas y socialdemócratas? Los católicos acusados han declarado haber actuado con el convencimiento de que esta colaboración es útil al catolicismo en la defensa de sus derechos, precisados por el Concordato. En efecto, la lucha por la libertad religiosa es inseparable de la lucha del pueblo alemán por la libertad. Estamos de acuerdo con la convicción, valientemente profesada por los católicos acusados de que el régimen hitleriano no es más que un régimen pasajero y que no puede resolver los problemas sociales de Alemania. Este valor de que han dado prueba los acusados católicos y comunistas, a pesar de las torturas y de las calumnias que han tenido que sufrir, encarna el genio más noble de nuestro pueblo. En este proceso, son ellos los verdaderos acusadores, acusadores de Hitler y Rossemberg.

¡Unámonos contra los que hacen perecer al pueblo, por la paz, la libertad, el derecho y la prosperidad!»

El discurso de Chicago

La campaña anticatólica traspasa las fronteras de Alemania. En la ciudad libre de Dantzic ocurren a diario incidentes como los citados más arriba.

La Prensa mundial se ocupó, con toda la extensión que merecía, de lo ocurrido en la Conferencia trimestral de la diócesis de Chicago reunida en el mes de mayo.

El caso del arzobispo de Chicago pone de relieve la audacia «nazi».

En este acto, al que asistían más de quinientos prelados y sacerdotes, el cardenal arzobispo de aquella ciudad, monseñor Mundelein, de origen alemán, se pronunció en un discurso de tonos enérgicos contra la oposición que el «nazismo» desencadenaba frente a la Iglesia católica.

Declaró que la campaña estaba inspirada por el ministro de Propaganda alemán, al que calificó duramente, llegando incluso a emplear la palabra «estafa». Sin nombrar a Hitler, el cardenal lo combatió diciendo:

Me preguntaréis, sin duda, cómo una nación de sesenta millones de personas inteligentes puede someterse por el temor, a la servidumbre de un extranjero.

tapas del cementerio para fusilarlo. No lo hicieron. Lo volvieron otra vez a la Comandancia, y allí estuvo, en un calabozo, durante tres días y tres noches, escribiendo sin cesar. Había orden de disparar contra él sin previo aviso si dejaba de escribir. Yo estuve la última noche vigiándole. No miraba lo que escribía tan afanosamente. Al terminar me dijo: «No me mires con mal ceño, porque vamos a ser compañeros.» Me dejó sorprendido. Pero la advertencia era cierta. Por indicación suya llamé al brigada Olmo; éste se hizo cargo de todo lo que el detenido había escrito y se fue a ver al teniente coronel Fernando Vidal Pagar. A la media hora volvieron los dos. Sebastián Fernández fue puesto en libertad. Se le entregó un tricorno y se le puso una estrella. Pidió unas gafas negras y desde aquel instante se convirtió en guía y timón de «La Escuadra de Capturas». Aquella escritura era una lista interminable de nombres y domicilios de elementos de izquierda y obreros de las sindicadas. Empezó una inenarrable cacería. «La Escuadra de Capturas», integrada por el oficial de complemento García Plaza; el cabo Romacho y los guardias Hidalgo, Latorre, Contreras Peregrino, un hijo del comandante Anguiano y por el maestro de escuela, Ubiña Romero, dirigida por Sebastián Fernández, se dedicaba a registrar domicilios y capturar obreros socialistas, comunistas y republicanos, sin cesar. Eran trasladados al sótano de la Comandancia, donde desde la mañana a la noche no cesaban de darles palizas. De oleas puestas en el techo se colgaba por los pies a los presos. Se les golpeaba hasta hacerles sangrar. A otros se les hacía objeto de tormentos horribles o se les clavaba cuñas de madera en las uñas, aplicándoles hierros candentes en las plantas de los pies.

Mareaba el entrar allí y escuchar los gritos de dolor de aquellos desgraciados. Después, a primera hora de la noche, se les llevaba en ca-

miones a las tapias del Cementerio o a las cunetas de las carreteras de Lizna, Santa Fe, Padul o Gabia Grande, donde se les remataba a tiros de mosquetón o de pistola. Muchas veces, las familias de los detenidos se agolpaban a la puerta de la Comandancia protestando de tales hechos y, no una, muchísimas veces, fueron fusiladas allí mismo no pocas hijas, mujeres, hermanas o madres de detenidos.

No quisiera engañarme, pero esta tenebrosa «Escuadra» ha ejecutado, desde que se inició la sublevación fascista, a más de seis mil hombres y mujeres... Traté de huir de aquel infierno y encontrándome en la parte de Moraleda de Zafallona, quise pasarme a las filas leales. Me sorprendieron y fui a dar con mis huesos en los calabozos de la Comandancia de Granada.

LA FEROCIDAD DE UN NOVILLERO. — COMIENZA SU ACTUACION "LA BANDA NEGRA". — DENUNCIADO POR NO QUERER ASESINAR A TRES DETENIDOS

Si trágica era la actuación de la «Escuadra de Capturas», más siniestra fue la labor de la famosa «Banda Negra», integrada por más de 400 falangistas, señoritos, explotadores de mujeres, rateros que durante seis meses camparon por sus respetos, no solamente en la capital, sino en los pueblos de la provincia. La cuadrilla, cuyo solo nombre produce clamores de espanto, está mandada, desde el principio, por el molinero José Zarzo «Perete», que llevaba como hombre de confianza a un viejo banderillero apodado «Moreno». Estos foragidos han realizado actos de la más refinada y salvaje brutalidad. Asesinatos, robos, saqueos, incendios, violaciones a toda hora... Miles de personas han muerto a manos de la «Banda Negra». Por las calles de Granada, el paso en lujoso automóvil del novillero «Perete» y su segundo, «Moreno», causa escalofríos de terror. Son

los amos de la comarca. Pueden con todos. Respaldados por el comandante Segura, jefe de Falange de la región, cometen toda clase de ferocidades, por increíbles que sean.

En el mes de noviembre un jefe local de Falange llamado Molino, protestó de tales hechos, y a la caída de la tarde los secuaces de «Perete» lo dejaron con la cabeza destrozada a tiros en la boca de una alcantarilla de la carretera de Padul.

Así, de esta manera, viendo asesinar a centenares de personas, llegó el mes de octubre. Una mañana, formando patrulla con un cabo evadido de Málaga y el guardia Avivar, me ordenaron salir en un camión a la carretera de Santa Fe para «dar el pasaporte» a tres detenidos. Salí descompuesto. Al llegar al lugar designado me entró una terrible angustia y me negué a disparar. Los otros, mientras me insultaban, agotaron tres cargadores sobre aquellos infelices, que allí quedaron envueltos en sangre. Avivar aún tuvo ánimo para despojarlos de cuanto llevaban de valor. Al regresar a la Comandancia dió parte por escrito de mi negativa. El brigada Olmo dió conocimiento al teniente coronel Vidal Pagar. Me amonestaron y, como castigo, ordenó al brigada:

—A éste, para que deje de tener reparo, ponlo con el guardia Corpas Giménez, que es de confianza, y que realice el primer «servicio» que se presente. Y si «cerdea» ya sabéis la «receta»...

El «servicio» se presentó a las siete de aquel mismo día.

LAS HERMANAS DEL CALLEJON DE GRANADA. — ¿POR QUE NOS ASESINAN USTEDES? — CUARENTA BALAZOS... — LOS "ROS DE MALAGA" — ¡SETENTA Y DOS ASESINATOS DE UNA VEZ!

Acusadas, aunque sin pruebas, de haber facilitado la fuga de sus respectivos novios y negarse a decir

dónde se encontraban, la «Escuadra de Capturas» detuvo en el Callejón de Gracia a dos hermanas, preciosas muchachas de dieciséis y dieciocho años. Estuvieron tres días en los sótanos de la Comandancia, donde fueron objeto de repugnantes ultrajes por parte de Olmo y un capitán. Después se acordó su fusilamiento. Para «despacharlas» me designaron a mí, al guardia Corpas Giménez y al chofer, también guardia, José López. En un coche de turismo nos llevamos a las cercanías del Hotel Washington, en las estribaciones de la sierra. Por el camino, la mayor de aquellas infelices preguntó aterrada a la otra:

—Oye, ¿a dónde vamos?

—¿No lo sabes ya?... ¿Para qué me lo preguntas? —respondió la otra muy pálida.

—Esto es una romería, tontas —exclamó Corpas Giménez...

Al llegar a las inmediaciones del hotel, el coche se detuvo, y mi compañero obligó a las dos infelices chiquillas a apearse. La más pequeña ya no tuvo serenidad y rompió a llorar amargamente:

—¡Parece mentira que siendo nosotros inocentes vayamos a tener entrañas de matarnos!

—Oye, tú, dame esas gafas, que a ti ya no te van a servir para nada! —le dijo el chofer a la mayor de las chicas. Esta comenzó a dar gritos, y José López, empuñando la pistola se abalanzó sobre ella, le arrebató las gafas y la dió un tiro en el cuello... Cayó la desventurada al suelo. López se inclinó sobre ella y le descargó en la cabeza todo el cargador. Mientras, Corpas Giménez luchaba con la más pequeña, que se había abrazado a él y le pedía perdón por su madre y sus niños. Fue un momento de horror. Por fin la pudo sujetar y la disparó hasta seis tiros en la cabeza y en la cara. Cayó arrojando gran cantidad de sangre, pero tuvo aún fuerzas para incorporarse. La cara cubierta de sangre hacia un efecto espantoso. Le miró con los ojos ya sin brillo y gritó: «¡Asesino!» Allí queda-

ron abandonados los cadáveres. Regresamos a la Comandancia. Yo por el camino me disculpé de no haber disparado.

—Naturalmente —dijo Corpas Giménez—. Has hecho bien. Me tardarías haber dado a mí!

Nos presentamos al brigada. —Sin novedad. Cumplido el servicio —dijo Corpas.

—¿Por todos? —preguntó el brigada Olmo mirándome a mí.

—Por todos —respondió mi compañero de pareja.

Estuve malo más de quince días. No tomé parte en nuevos «servicios» de esta naturaleza, pero presencié el fusilamiento del presidente de la Diputación, don Virgilio Castilla; y del ingeniero don Juan José Santa Cruz, hombre queridísimo en la ciudad, que había sido diputado de los Constituyentes.

Pero llegó el mes de febrero, y a raíz de la toma de Málaga por los italianos, trajeron más de 300 presos de aquella ciudad. Cierta mañana, a las ocho y pico, ocupando varios autobuses y custodiados por 74 guardias civiles y de Asalto, entre los que me encontraba, condujimos hasta las tapias del Cementerio a 72 detenidos. Ya no se podía fusilar apoyando a los reos en las tapias del recinto, porque estaba resquebrajada y amenazaba ruinas a causa de los millares de proyectiles que había en ellas. Ahora se había construido una zanja larga, ancha y honda, y allí se les obligó a bajar. Hubo un momento trágico. Uno de los cordenados, muchacho joven, fuerte, dió un gran salto y emprendió la huida, gritando, a través de unos olivos. Lo cazaron de una manera salvaje; quedó destrozado, casi sin cabeza. Después todos los guardias comenzaron a descargar sus mosquetones sobre la zanja. Yo no veía más que sangre, cuerpos en plena convulsión, gritos de angustia, voces de auxilio. Después vino lo espantoso. Se hizo llegar hasta la zanja a más de 80 presos comunes y se les obligó a lanzar sobre los

(Continúa en la página siguiente.)

de un mal tapicero austriaco y a la de sus asociados Goebbels y Goering, que dictan todos los movimientos de la vida del pueblo.

Al conocer este discurso, la Prensa «nazi» se desató contra el cardenal e intensificó su campaña contra la Iglesia católica.

La agencia D. N. B. publicó una nota oficiosa con la que se trataba de intimidar al Vaticano, exigiendo de éste que llamase al orden al cardenal. En dicha nota se pretendía que el Estado «nazi» seguía los procesos para salvar el honor de la Iglesia, negando que se tratase de una maniobra política, como había afirmado el cardenal. Pero, en cambio, no aludía para nada a los procesos entablados contra eclesiásticos católicos que habían terminado con la absolución. La nota protestaba indignada contra el ataque personal a Hitler, «que ha sido insultado», y pedía al cardenal Mundelein, que presentase excusas al pueblo alemán. Lo combatía también violentamente, por haber aludido a las atrocidades que el fascismo comete en la guerra desencadenada en España. La nota terminaba pidiendo al Papa que dictase sanciones contra el cardenal arzobispo de Chicago.

El «Berliner Tageblatt», lo llamaba «sacerdote desviado», y añadía que las declaraciones del arzobispo eran una infamia.

El «Nachtausgabe» no encontró mejor medio de restar valor a las declaraciones del cardenal que decir que éste era un instrumento que la propaganda judía empleaba contra la Alemania nacionalsocialista.

Pero el diario que más sañudamente atacó al prelado fue el «Angriff».

Bajo el título: «Un cardenal habla el idioma de la calle.—Un discurso de excitación al combate ante 500 sacerdotes.—¿Es ésta la respuesta de la Iglesia?», el órgano nacionalsocialista escribía:

«Esta declaración de guerra hecha por el prelado católico, se ha suscitado en un terreno que hasta ahora estaba reservado a los agitadores de la calle. Las palabras del arzobispo no son solamente un insulto para un ministro alemán, para el Jefe del Estado alemán, sino que zahieren a toda la nación alemana, en donde también hay católicos. El arzobispo de Chicago está ciertamente al corriente de los hechos, puesto que la Prensa alemana ha señalado la vicisitudes del proceso de Tréves.

El «Angriff» añadía que los medios nacionalsocialistas esperaban en la actualidad cosas distintas a «desbordamientos odiosos y sin frenos de un arzobispo ame-

ricano». El órgano «nazi» llegaba hasta pretender dar una lección a la Iglesia y le pedía cuentas:

«Después de varias semanas —decía el periódico— en que se impusieron graves penas a los eclesiásticos por ciertos delitos se esperaba una respuesta de la Iglesia. ¿Cuándo se decidirá la Iglesia a hablar? La hacemos responsable de la nueva campaña de excitación que se desencadena en el mundo contra Alemania. ¿Dejará la Santa Sede, sin intervenir, que el arzobispo de Chicago insulte a Alemania? Este es el problema que más nos interesa.»

A consecuencia del discurso de Chicago, los círculos políticos «nazis» pidieron una enérgica intervención cerca del Papa para obligarle a desautorizar a monseñor Mundelein.

Los católicos polacos

Las minorías de otras razas, asentadas en territorio alemán han sido también objeto de represalias y molestias por su catolicismo. En Mathesdorf, entre Gleiwitz e Hindenburg, un funcionario llegado de Breslau hizo una inspección en ciertas casas habitadas por numerosos refugiados procedentes de la Alta Silesia polaca. El funcionario se interesó, especialmente, por las imágenes de santos que se encontraban en las habitaciones modestas, haciéndolas descolgar de las paredes para mirarlás más de cerca. En dos ocasiones, preguntó a dos mujeres de obreros, que habían ornamentado la pared con estampas de la «Virgen Negra de Czenstochau», cuál era la significación de aquella imagen. Las mujeres le contestaron que la habían heredado de sus padres, los cuales la habían adquirido en la célebre peregrinación. Entonces se les preguntó si todavía asistían a la iglesia y por qué, precisamente, al culto polaco. Por fin, el inspector hizo saber a las pobres mujeres que aquellas estampas no estaban de moda en Alemania y que tuviesen en cuenta que vivían, no en Polonia, sino en el tercer Reich. Los cuadros de la Virgen constituían un peligro para el Estado!

Estos incidentes preocupan a la opinión polaca, la cual hace notar que el Concordato con el Vaticano fue el primer tratado firmado por el nuevo régimen alemán con el extranjero, antes, incluso, que el pacto germanopolaco.

Los periódicos destacan que no ha sido necesario esperar mucho tiempo para ver que los dirigentes «nazis» habían firmado un tratado de mala fe. Sus estipulaciones —añaden— han sido violadas una tras otra.

La Encíclica pontificia y la respuesta alemana

En la Encíclica que Pío XI dirigió a los prelados alemanes se utilizó por primera vez hasta el día, por un Pontífice romano, un título en lengua alemana; la Encíclica «Mit Brennender Sorge», marcará un jalón en la historia de la Iglesia, no solamente por esa innovación, sino por la exposición dogmática que opone a las doctrinas politicorreligiosas del nacionalsocialismo.

Aun cuando la palabra herejía no consta en el documento, es precisamente contra ella contra la que el Papa dirige el edificio secular e inmutable del dogma cristiano. La verdadera fe en Dios, la verdadera fe en Cristo, la verdadera fe en la Iglesia y otros muchos elementos, son juzgados incompatibles por Pío XI con el «nuevo paganismo alemán». No le es posible a un cristiano «colocar en lugar de Dios al sombrío e impersonal Destino»; ni «divinizar, por un culto idólatra, a la raza, o al pueblo o al Estado, o a los depositarios del poder»; ni desconocer el valor revelador del Antiguo Testamento; ni reemplazar ni siquiera, completar, el mensaje de Cristo por el mito de la Sangre y de la Raza; ni, en fin, sustituir la Iglesia universal por una Iglesia nacional. Sobre cada uno de estos puntos, el Pontífice demuestra con energía la contradicción existente entre el dogma católico y las doctrinas hitlerianas.

Pero el Santo Padre va más lejos aún. Después de criticar severamente las «falsas interpretaciones» dadas por los doctores de la nueva religión a las palabras y los conceptos sagrados, tales como revelación, fe, inmortalidad, pecado original, humildad, gracia, etcétera, niega a la doctrina nacionalsocialista el poder fundar, ya sea un orden moral y social verdaderamente humano, ya un derecho público o privado que esté de acuerdo con el derecho natural.

La primera parte de la Encíclica, es una defensa de las posiciones de la Iglesia; la segunda, constituye un ataque a las posiciones del adversario. No solamente la nueva religión alemana no tiene nada de cristiana, sino que el edificio moral y social, jurídico y político al que dicha religión pretende servir de fundamento no ofrece ninguno de los caracteres que le permitan abrigar una sociedad humana civilizada y favorecer la existencia y el progreso.

En una segunda parte, Pío XI dirige consejos y palabras de consuelo a la juventud católica alemana.

(Continúa en la página siguiente)

Del magno proceso histórico contra los facciosos

(Este informe pertenece a las diligencias sumariales que, por orden circular de la Fiscalía General de la República, están instruyendo todos los fiscales del territorio leal)

Martirio y muerte de una joven farmacéutica en Mérida

(Relatos según la información suministrada al Jurado de Urgencia de Murcia, por un ciudadano extranjero, del que, por ser súbdito de una nación de régimen fascista y residir su familia en ese país, no se hace público su nombre, en evitación de represalias. Pero la escrupulosa identificación de su personalidad y la contrastación de sus declaraciones, obran en la Fiscalía de la Audiencia Provincial de aquella ciudad.)

PANORAMA DE LA ZONA FACCIOSA

Durante el viaje por aquellos territorios dominados por los facciosos, conocí el informador bastantes detalles de interés. Desde San Sebastián —colonia italiana— se había trasladado a Burgos —actual ciudad de moros y germanos—, en donde radicaba la oficina central de H. I. S. M. A., entidad alemana encargada de traer material de guerra de su país, a cambio de llevarse, depreciados, los productos españoles, sobre todo grandes cantidades de aceite. Los aprovechados súbditos de Hitler habían logrado ya que el marco se cotizase a 3'33 con relación a la peseta en el territorio español sometido por los fascistas.

Desde Burgos, había pasado el extranjero por Salamanca y Cáceres. Por todo el trayecto, el mismo panorama desolador. Los campos en abandono; los caseríos deshabitados; pueblos en ruinas; ciudades tristes, abarrotadas de tropas italianas y alemanas. Era como si el agobio del fascismo —catástrofe material y espiritual— hubiera conmovido aquellos valles, los montes, las aglomeraciones urbanas, y arrancado y aventado las raíces de su vitalidad española...

Y en todos los pueblos y ciudades, la misma historia cruel de los procedimientos fascistas: saqueos, violaciones, fusilamientos en masa, aniquilamiento y destrucción, por sistema, de pueblos inermes, sin respetar siquiera las vidas inocentes de la infancia desvalida.

Los caminos y las vías ferroviarias

estaban invadidas por el tráfico de la guerra. Los camiones y trenes, atestados de tropas extranjeras en incesante movilización de uno a otro confín de la zona facciosa, se juntaban en las estaciones y en los pueblos, con los interminables convoyes de heridos y enfermos. Los envíos militares destinados, desde Vitoria y Burgos, al frente de Madrid, se realizaban por Plasencia Empalme a Talavera, pues las comunicaciones por Avila se consideraban peligrosas. El tren que hacía el servicio Irún-Sevilla, se retrasaba diariamente doce o catorce horas, en el trayecto Salamanca-Cáceres, para dejar paso a los convoyes rápidos cargados exclusivamente de fuerzas italianas y alemanas.

Apenas si en esos trayectos se oía hablar en español; y ello era expresión cruda de la virtualidad de una guerra de invasión en las tierras hispanas...

COMO UNA VISION DE PESADILLA

En la ruta Cáceres-Sevilla, el informador se detuvo en Mérida.

Apenas entró en la población y se aventuró por una de las primeras calles, hubo de apartarse precipitadamente junto a una pared, para no ser atropellado por una turba de gentes desgredadas y sudorosas que, como una tromba rugiente, corría por el arroyo y tiraba de una cuerda, en la que llevaba a rastras un cadáver.

De pronto, el grupo paralizó su carrera ante la voz de mando de un falangista que, por lo visto, dirigía el «espectáculo». En derredor del cadáver —montón de carne y ropas ensangrentadas, destrozado en sus rebotes contra el empedrado de las calles— se formó en corro aquel tropel vociferante, que entonó, en remedo de responso, una canturrella llena de frases injuriosas, y luego profanó los despojos a patadas, pedradas y escupitajos. Finalmente, la turba infernal reanudó su marcha a todo correr y se alejó, llevándose aquellos restos humanos que en el extremo de la cuerda tersa

volteaban en foscas golpazos sobre el suelo.

El informador pudo después enterarse de lo que significaba aquel hecho repulsivo. Horas antes, los falangistas se habían apoderado de una muchacha farmacéutica, a la que, desde hacía tiempo, odiaban, precisamente porque el pueblo sentía hacia ella un afecto respetuoso. Era persona de sentimientos democráticos que auxiliaba a los pobres y que, en diversas ocasiones, había facilitado gratuitamente los medicamentos para los afiliados a la Casa del Pueblo.

Dueños de Mérida los facciosos, se habían dirigido a la farmacia; apresaron a la joven, y allí mismo, en plena calle, mientras unos cuantos la sujetaban fuertemente, un falangista, provisto de un gran cuchillo, le había rajado el vientre a la infeliz, con ferocidad inaudita acogida por los otros con grandes risotadas que apagaban los gritos desesperados de la víctima. Enseguida, otro sacó una gruesa cuerda y le anudó al cuello de la desventurada mujer. Y comenzó entonces aquella desenfrenada carrera, con el cadáver a rastras, que el informador había presenciado con el espantado aturdimiento de quien se cree alucinado por una pesadilla angustiosa.

Las mujeres de Morillejo recogen la cosecha, en sustitución de sus compañeros que están en el frente

MORILLEJO. — Es digna de publicidad la actitud de las mujeres de esta localidad afiliadas y no afiliadas a organizaciones obreras que tienen sus hijos y maridos en los frentes, que se han apresurado a ofrecer su concurso para que las faenas de la recolección no se paralicen en ningún momento. Con gran entusiasmo han suplido a los hombres y la cosecha se está recogiendo. — FEBUS.

de la Encíclica. Pero los centros oficiales callaron en el primer momento. Solamente, durante la ceremonia de San Pedro, que se celebra la mañana de Pascua en presencia de Pío XI, pudo notarse la ausencia, en la tribuna reservada al Cuerpo diplomático, no solamente de von Bergen, Embajador del Reich en la Santa Sede, sino de todos los miembros de la Embajada.

La nota alemana

Esta fué la primera reacción, expresada en forma discreta. La segunda tomó la forma de una protesta formal, remitida a la Secretaría de Estado por la Embajada. El documento, cuyo contenido no se publicó, rechazaba todas las afirmaciones contenidas en la Encíclica y sostenía que si el Concordato había sido violado, lo había sido por la Santa Sede. Entre las violaciones indicadas, la nota de Berlín subrayaba el hecho de que la Encíclica tendía a dirigir a la población católica alemana contra el Gobierno. En substancia, el Gobierno alemán considera la Encíclica del 14 de marzo como un acto de ingerencia en la política interior del Reich.

En el interior de Alemania produjeron, tanto la Encíclica como la nota del Reich al Vaticano, gran impresión. Los jefes políticos aludieron a la primera en sus discursos, y como era de esperar, mostraron su gran irritación.

En el mes de abril, pronunció Rodolfo Hess, sustituto de Hitler, un discurso en Charlsruhe, en el cual, refiriéndose a la Encíclica y a las cartas pastorales de los obispos alemanes, las consideró, sin distinción, como «panfletos lanzados contra el nacionalsocialismo». La tonalidad total de su discurso fué de gran excitación. Todo el arsenal de acusaciones ofensivas del período de las luchas del partido en 1933, entró en función en ese discurso. Según Hess, «los católicos, encastillados obstinadamente en su resistencia pasiva, son alia-

Relato de un campesino evadido de la provincia de Burgos, sobre las monstruosidades que cometen los falangistas

MADRID. — Se ha pasado a nuestras filas un campesino procedente del pueblo de Castrillo de la Vega (Burgos). Su relato coincide con los de otros evadidos sobre las atrocidades que cometen los facciosos, especialmente los falangistas y requetés, con los hombres de izquierda.

Afirma que al diputado de izquierda, José Mingo Esplá, lo detuvieron ocho falangistas, y sin darle un solo tiro, lo abrieron en dos partes, cogiéndolo cuatro de cada pierna y tirando hasta destrozarlo. Los facciosos explican sus fracasos ante la capital de la República,

diciendo que en Madrid no tenían que entrar porque ya habían entrado, y que a los «rojos» sólo les quedaba una calle, por donde nos tenían cercados.

Dicen que la lucha fué muy dura para dominar Madrid, pues las casas eran taladradas por dentro para avanzar, ya que en la calle cada metro de terreno era una barricada.

Este campesino ha tenido que dejar en el pueblo a su compañera y a tres hijos. A otro hijo suyo se lo llevaron al frente los facciosos, por haber cumplido la edad para el servicio militar. — FEBUS.

EL MAYOR ESTIGMA...

(Conclusión)

cuerpos aún con vida los montones de tierra que había allí. ¡Se les aterrorizó aún con vida!

ITALIANOS Y MOROS EN LA CIUDAD. — EL COMLOT DE DICIEMBRE. — UN BATALLON EXTERMINADO. — REPRESALIAS POR LA MUERTE DE MOLA. — LA EVASION

Ya no se desarrollan acontecimientos dignos de mención hasta diciembre. Y digo de mención, porque esto de hallar quince o veinte muertos todos los días en Granada, ya no impresiona. La gente ha perdido la sensibilidad. Comienza en noviembre la plaga de los italianos y de los moros. Los primeros sólo están días. Los otros, llevan meses. Se embriagan, no pagan en las tiendas y atropellan a todas las mujeres que se les antoja. El día de la toma de Bilbao asesinaron, después de profanarlas, a cerca de 30. No hay telas en los comercios, se carece por completo de carbón y de papel de fumar. Las gentes están ya insensibles. Sólo se oye hablar de que la guerra debe de terminar sea como sea.

En el mes de diciembre, el comandante de la Guardia Civil, Casinelle, descubre, por una confidencia, que los hombres, ochocientos y pico que forman el batallón de su

mando «Pérez del Pulgar», habían preparado un complot en unión del teniente del cuarto ligero de Artillería, Arcas. Este se había comprometido a echarse a la calle con su batería y desde el Albaicín apoderarse de Granada. El teniente Arcas es detenido y fusilado en la misma puerta de su casa, calle de la Cárcel Alta, número 5. Después, fuertes pelotones de guardia civil, asalto y carabineros, y no pocos falangistas, rodean el cuartel de los sublevados, y aunque éstos inician la resistencia, a la desesperada, son acorralados y exterminados sin piedad.

Aún me quedaba algo horroroso por ver. El día de la muerte de Mola, a las once de la noche, los grupos de «Perete» hicieron acto de presencia en la cárcel y se llevaron 293 detenidos —cuarenta y cuatro mujeres—, que son fusilados en la carretera de Santa Fe.

Pedí la incorporación al frente. No podía más. Me parecía que iba a volverme loco. Me mandaron a las avanzadas de Cerro del Cala. A las seis de la mañana me fugué. Hube de arrojarle al Genl. pues me tiroteaban con dos máquinas, y estuve a punto de ser cazado. Llegué a las filas republicanas. No quiero pensar en mi familia. Sea o que el destino quiera pero yo no vuelvo a empuñar el fusil para asesinar gente inocente.

dos del marxismo, sacrilegos, profanadores del honor alemán y explotadores de la religiosidad del pueblo, en provecho de sus manejos políticos.

La nota del Vaticano

A la nota del Reich, de protesta por la Encíclica, contestó el Vaticano con otra del Gobierno alemán, en la que se rechazaban, punto por punto, las objeciones «nazis». En ella se dice que el hecho de haber puesto los puntos sobre las íes, no puede ser considerado, en modo alguno, como un llamamiento a la opinión mundial contra el Gobierno alemán, y menos a la rebelión de los católicos alemanes.

Esta nota de la Santa Sede fué entregada durante la estancia de von Neurath en Roma, lo que se consideró como un gesto para subrayar que von Neurath no había visitado el Vaticano.

Las relaciones entre ambos poderes entraron últimamente en una fase crítica. En el mes de junio, el Nuncio fué llamado por el Vaticano. Aun cuando se guardó gran reserva sobre el alcance de esta medida, no sería extraño que las relaciones entre la Santa Sede y el tercer Reich se rompieran definitivamente, dado lo violento de los ataques de que fué y sigue siendo objeto la Iglesia por parte del «nazismo».

Una medida de mayor gravedad, como sería la excomunión de Hitler, no ha sido tomada aún por el Sumo Pontífice; pero la posibilidad de este hecho se ha discutido en los medios vaticanistas, y no sería extraño que llegase a formularse, ya que, de hecho, el «Führer» y sus colaboradores han realizado todo lo posible para atraerse la enemistad de los católicos de todo el mundo y la execración de la Iglesia de Roma.

FIN

F. PASCUAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION.)

a los prelados, a los religiosos y a los fieles. Anima a los que a costa de grandes sacrificios han perseverado en la fe y en la práctica del catolicismo; perdona a los que, menos valerosos, han cedido ante la amenaza. Su «reconocimiento paternal» va, sobre todo, a los cristianos heroicos que sufren «en las prisiones y en los campos de concentración». Su noble resistencia le consuela de la defección de otros. En fin, el Papa recuerda a los padres católicos los derechos y los deberes que les obligan a velar por la educación religiosa de sus hijos. «Sabemos —dice— que un voto libre y secreto equivaldría, entre vosotros, a un plebiscito victorioso en favor de la escuela confesional.» Alusión directa al singular referéndum organizado por las autoridades del Reich en Baviera, y según el cual el 95,11 por 100 de los votos fueron favorables a la escuela común.

Tal es, a grandes rasgos, el documento que suscitó tanta cólera allende el Rhin.

Si quisiéramos hacer un examen más detallado y más riguroso de la Encíclica pontifical, habría que referirse, necesariamente, a los textos alemanes que evoca y que critica sin nombrarlos: es decir, no solamente a las obras de Alfred Rosenberg, sino también a las circulares e instrucciones oficiales, a los discursos de algunos altos funcionarios, a las lecciones de ciertos profesores, etc. Así, el capítulo titulado: «Reconocimiento del derecho natural», responde, punto por punto, a una conferencia pronunciada en Roma por el doctor Frank, Presidente de la Academia de Derecho alemán y en el curso de la cual el orador había opuesto brutalmente a los principios del Derecho romano, la «nueva dirección del Derecho germánico». Esta manifestación produjo gran escándalo entre los juristas del Vaticano.

El documento, que llevaba fecha 14 de marzo, fué leído el 22 en todas las iglesias del Reich. La Prensa alemana desató sus iras contra la letra y el espíritu